

GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO X.

MADRID: Octubre, 1831.
Imprenta de D. J. Paredes, calle del Príncipe.

GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedicala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO X.

MADRID: Octubre, 1831.

Imprenta de D. J. PALACIOS, calle del Factor.

GALLERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRAGICAS
HISTORIA TRAGICA II
Especimen y...



D. Agustín de Codina
XIX AGOSTO DE 1837

Los ejemplares que no lleven las marcas que aqui aparecen, serán recogidos, y conducido ante la ley su espendedor como usurpador del derecho de propiedad.

TOMO X

MADRID: Octubre, 1837.
Imprenta de D. J. Paricio, calle del Peral.

HISTORIA TRAGICA 21.^a



EL JUDIO
BIENHECHOR,

ó

ELISA Y TEODORO.



Tomo I.



*Barbaro, temerario!!! son inútiles
tus esfuerzos: me quitarás la vida;
mas no el honor.*



CAPITULO I.



Era de noche; la lluvia caía por torrentes en las calles de Londres, y el viento la arrojaba con violencia sobre los edificios; reinaba una oscuridad profunda, tal como la que suele haber en las noches mas sombrías del invierno; las calles estaban desiertas, y no se oía por intervalos sino la voz de las guardias y patrullas que gritaban á lo lejos: es pasada media noche.

Un hombre pequeñito, agobiado por la edad, y de una figura decrepita, se hallaba entonces en

(8)

Whitechapel (1) marchando con bastante trabajo, apoyándose sobre un baston. Ve un portal abierto, y se dirige á él casi arrastrando para ponerse al abrigo de la lluvia. Un momento despues llegan tres hombres, que creyéndose sin testigos (siendo el viejecito imperceptible por la oscuridad), empiezan á lamentarse del mal suceso que han tenido aquella noche en sus incursiones.

Y bien, dice uno jurando en los términos que acostumbran los ladrones, como él lo era, ¿nos iremos á acostar como unos tontos con las manos vacías?

(1) Cuartel de Lóndres.

(9)

— Amigo, acabamos de errar el golpe, dice otro: es preciso manejarnos de otra manera: volvamos á esta tienda, y dejadme obrar á mí; y si no la limpio en un abrir y cerrar de ojos, desde luego consentimiento en que me pongais en una parrilla como á san Lorenzo.

— Cállate, exclamó el tercero que habia sorprendido al viejecito, y asegúradole al momento por el cuello: vamos, amiguito, no hai que moverse, y venga el dinero.

— Señores, soi un pobre miserable; no tengo dinero alguno; por Dios os suplico no hagais mal á un viejo desventurado.

— Ola, pícaro viejo, ¿ crees que no te conocemos? Dick, aqui tienes aquel judío viejo, el famoso

(10)

Shechem, que roba á todo el mundo : vamos, vamos, hijo de Abraham, desocupemos los bolsillos.

Shechem, atemorizado con esta política invitacion, y llevado del primer impulso de la sorpresa, se pone á gritar descompasadamente llamando á su socorro ; pero las guardias, que sin duda no querian mojarse, no parecian, y el pobre israelita se veia ya precisado á soltar su bolsa, cuando un jóven que estaba cerca y oyó las voces, acudió á su socorro. Trastorna de un palo á uno de los ladrones que se adelantaba ya jurando, con la intencion de echarse sobre él : guiado por los gritos del viejo, se halla al momento á su lado : «Huid, cobardes, les dice : ¿cómo teneis

(11)

corazon para atacar á un hombre débil y sin defensa ?

— Es un pícaro judío, dice uno de los ladrones : todo cuanto se quita á esta maldita raza, es de buena presa.

— ¿Pues qué, un judío no es un hombre ? ¡ Infames ! retiraos, marchad, y llevaos inmediatamente á vuestro compañero ; pues de lo contrario os trataré como merecis. »

Sea que este tono de autoridad impusiese á los rateros, sea que haya en el valor de un hombre de bien alguna cosa que intimide al culpable, sea que, en fin, temiesen la destreza del jóven ó la proximidad de las guardias, ó mas bien por todas estas consideracio-

(12)

nes reunidas, se retiraron vomitando mil imprecaciones contra el viejo Shechem, y prometiéndose una cruel venganza si volvía á caer en sus manos.

«Caballero, le dice el jóven, ¿no estais herido? ¿puedo servirlos aun de algo?»

El judío no se daba mucha prisa á responder, porque no era del carácter de aquellos buenos y honrados cristianos, á quienes cuesta tan poco prodigar gracias y protestar de su eterno reconocimiento. Sin embargo, despues de un momento de silencio puso la mano sobre el brazo del jóven incógnito, y con una voz trémula le dice:

«Ignoro, caballero, á quien

(13)

soi deudor de un socorro tan generoso: perdonad á un pobre viejo la imposibilidad en que se encuentra de espresaros su gratitud: acaso será despreciado este sentimiento en un judío; pero si tuvieseis necesidad de un amigo, no olvideis que Shechem-Bensadi vive en las Minorías (1).»

La lluvia se habia disminuido, y el viejo israelita quiso volverse á poner en camino; pero se habia herido un poco, y no pudiendo ya sostenerle su baston, aceptó el brazo del jóven. Los serenos acababan de gritar la una de la mañana cuando entraron en las Mi-

(1) Cuartel de Lóndres.

(14)

norías. «Es bien tardé, dice Shechem: tu ausencia á estas horas debe inquietar á tu familia.»

— No, respondió el incógnito; (y estas palabras fueron pronunciadas con una inflexion de voz extraordinaria).

— Sois mui dueño de disponer de vuestro tiempo como os acomode; pero yo presumo que no estais en la costumbre de correr calles á la hora en que todas las personas de conducta se entregan al descanso.

— En efecto, soi dueño de mi libertad; y sin embargo no me hallaria en este momento por las calles si hubiese sobre la tierra un parage solo donde pudiera descansar.

(15)

— ¿Cuál es vuestra familia? ¿no teneis amigos? ¿los habreis ofendido con alguna locura de la juventud? Hablad con toda confianza, y permitidme interceder en vuestro favor.»

El jóven suspiró sin responder una palabra, y no parecia dispuesto á confiarle sus desgracias, porque probablemente suponía que el corazón de un judío era inaccesible á la conmiseracion. Habian llegado por fin á una casa espaciosa: era la de Shechem-Bensadi, que tenia su nombre inscrito en gruesos caracteres sobre la puerta. «Tú me has dado á entender, repuso el viejo israelita, que no tenias amigos entre los cristianos. Este suplirá.»

Era un bolsillo bien lleno de dinero que le puso en la mano al jóven. Este guardó un momento de silencio, y tomándole á peso, decia á media voz: « ¡Una accion semejante en un judío!!! » Despues, como si de repente le ocurriese otra reflexion, la trasladó al viejo, diciéndole: que él no habia hecho mas que obedecer al impulso de su corazon, y que no podia aceptar otra recompensa que su gratitud.

« ¡Un cristiano obrar así!!! dice el judío entre sí: sin duda ninguna, prosigue acercándose al jóven, tú eres de la raza de Israel.— Tal es mi situacion desgraciada que no puedo decir por mí otro tanto sin esponerme: me lisongo de

que por este motivo disimularéis mi reserva.»

Shechem se calló: semejante misterio fortificaba naturalmente las sospechas; pero el que acababa de resistirse á tomar un bolsillo bien ganado, ¿podia ser un ladrón buscado por la justicia? ¿Seria un mancebo que hubiese robado á su amo? Mas en este caso ¿solicitaria ser empleado? ¿Tendria otro partido que tomar que el de huir ó el de ocultarse? ¿No podia ser inocente, y tener fuertes razones para desear el permanecer desconocido? Lo que acababa de hacer, su fisionomia, el sonido de su voz, ¿todo no alegaba en su favor?

Shechem hacia estas reflexiones y otras casi semejantes, mi-

(18)

rando de cuando en cuando á Teodoro con disimulo. El regreso de Rebecca le hizo volver á tomar la conversacion.

— «¿Tú aceptarías una colocacion? le dice, ofreciéndole la mitad de un bollo. Busca fiadores, y me encargo de recomendarte.

— Es cierto, señor, que me consideraria feliz de hallar una ocupacion útil; pero la fatalidad de mi estrella me obliga á ocultarme de todo el mundo; y no hai un solo hombre con cuya amistad pueda contar.»

Pero ¡qué crimen...! iba á esclamar Shechem, y se contuvo diciendo solo: «Segun lo que yo he visto esta noche, no puedo resolverme á pensar que tú seas la causa de tus

(19)

desgracias; pero es mui extraño que un jóven bien nacido, tal como tú pareces serlo, no tenga un solo amigo: no debes extrañar que tu silencio sobre todo justifique la desconfianza, y te cierre el acceso á toda colocacion. ¿Qué pretendes hacer para subsistir?

— ¡Ah! yo tengo ya demasiadas pruebas por esperiencia, dice Teodoro suspirando, de que los hombres, á fuerza de discurrir los medios de librarse de los artificios de la impostura, han perdido por su desconfianza el tacto de la verdad. He experimentado que en este pais no hai hombre justo para con los desgraciados sin asilo; y así mi resolucion está ya tomada en huir de esta tierra para ir á buscar un

refugio en los desiertos de la Arabia.»

La sorpresa de Shechem estaba en su colmo, y poco le faltó para no considerar á Teodoro por un loco escapado de Bedlam (1); pues estando en su juicio ningun hombre trata de ir á asociarse con los ladrones del desierto. Sin embargo, el discernimiento y el acuerdo que observaba en las espresiones del incógnito, confundian su penetracion, y no podia fijar su concepto: á todo evento, suponiendo que hubiese perdido la cabeza, siendo el mejor medio de

(1) Hospital de Lóndres donde encierran los locos.

curar á un loco el de prestarse á sus ideas, preguntó el viejo israelita á Teodoro, de qué manera pensaba proveer á los gastos de su viage.

«Ya os he dicho, señor, repuso este, que mi posicion no me permite marchar en el dia: he llegado esta noche á Lóndres con la intencion de tomar un asiento en el primer buque que se haga á la vela para Holanda ó para Francia: tengo aun algun dinero para ir hasta Alejandría: entiendo la lengua árabe, y mi intencion es la de asociarme á hombres que no necesiten del freno de las leyes para practicar la justicia.

— Amigo, dice Shechem sonriéndose, tu proyecto es propio solo de

un cerebro que no está bueno. Esa justicia que tú buscas, ¿cuentas hallarla entre los árabes? Cree-me, la influencia de las riquezas y la del poder son en todas partes las mismas: por todo el mundo el interes es por lo comun el primer móvil de las acciones humanas.

— Esa observacion es mui justa; lo que mas me admira es que la hagais vos: las personas de vuestra nacion, en general, no tienen la reputacion de estender sus ideas mas allá del valor del oro y de los medios propios para multiplicarle.

— Convengo en ello: estamos convencidos de que el oro es el atractivo mas seguro del poder humano: con el oro disponemos á nuestro placer de las produccio-

nes naturales é industriales de los pueblos: objeto de repugnancia y de desprecio para todas las naciones, no por eso dejamos de dirigir frecuentemente la conducta de los reyes: en todas partes donde son conocidos los principios del comercio, se halla asegurada nuestra existencia. Somos ricos bajo los estímulos mismos de la miseria, y el desprecio con que se nos mira nos sustrae á la envidia.... Pero dime, jóven desgraciado: ¿tendrías repugnancia en aceptar un empleo que no te obligase á salir? No es comun hallar jóvenes que entiendan la lengua árabe.

— Todo me es indiferente; yo pasaré el resto de mi vida en una choza con tan buena voluntad co-

mo en un palacio. La libertad no tiene ya encantos para mí; miro con horror á toda la especie humana.

— ¡Estraña opinion!.... ¡hijo de Adan!.... exclamó Shechem presentando la mano á Teodoro: yo quisiera tenerte á mi lado. ¿Dónde has nacido? ¿Qué es lo que has sufrido para vivir tan disgustado de la vida en tan corta edad?»

Una lágrima corrió de los ojos de Teodoro: hizo un esfuerzo sobre sí mismo; y sin responder á la cuestion de Shechem, le preguntó de qué manera podria serle útil.

«Mi correspondencia es mui estensa; me veo agobiado de negocios, y hace algun tiempo que busco un jóven de quien pueda fiar-

me, encargándose aquí de las principales operaciones de mi comercio: no he hallado aun lo que me convenga: la mayor parte de los jóvenes son de una vanidad ridicula: para ellos el placer es el todo, el provecho nada: tú deseas permanecer oculto, y aquí lo estarás; sino es esta pieza donde recibo á los que vienen con los negocios, mi casa está cerrada á todo el mundo: Rebecca es mi único criado, y la sola persona doméstica que tengo: yo proporcionaré tu salario á tus talentos, y espero hallar en ti un amigo.

— No pongo en la aceptacion de vuestros ofrecimientos mas que una sola condicion, dice Teodoro: á pesar de ser tan pobre, me in-

(26)

quieta poco el saber el salario que me señalareis; pero tengo motivos poderosos para ocultar mi nombre y el de mi familia; y si me estrechais á revelaros este secreto, os dejo inmediatamente.»

La firmeza con que exigió esta condicion, unida á la espresion de su fisonomía, inspiró cierta especie de respeto al viejo Shechem. Su imaginacion no se fijaba en nada; y aunque este fue el único momento que le quedó para solicitar una esplicacion, no se atrevió á pedirla, temeroso de que este joven no ejecutase su amenaza.

Shechem suscribió, pues, á una condicion tan extraordinaria: asi fue como un judío á las tres de la mañana recibió en su casa, y

(27)

tomó á su servicio un hombre que jamas habia visto, y del que no tenia sino motivos propios á escitar desconfianza, únicamente porque tenia la apariencia de la sinceridad. ¿Qué otro hombre tendria igual imprudencia?